

CONFERENCIAS

SOBRE

EL ESPIRITISMO

DADAS POR EL

Sr. Pbro. D. Rodolfo Vergara Antúnez

Rector de la Universidad Católica de Santiago de Chile

EN 31 DE AGOSTO Y 10 DE OCTUBRE DE 1907



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA Y ENCUADERNACION CHILE

San Francisco, número 75

1908

ARCHIVO HISTÓRICO
PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE

CONFERENCIAS

SOBRE

EL ESPIRITISMO

DADAS POR EL

Sr. Pbro. D. Rodolfo Vergara Antúnez

Rector de la Universidad Católica de Santiago de Chile

EN 31 DE AGOSTO Y 10 DE OCTUBRE DE 1907



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA Y ENCUADERNACION CHILE

San Francisco, número 75

—
1908

ARCHIVO HISTÓRICO
PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE

Habiendo sido muy solicitada la publicación de las Conferencias sobre «El Espiritismo», la Imprenta y Litografía Chile ha resuelto hacer la presente edición.



ARCHIVO HISTÓRICO
PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE

5793.—Imp. Chile San Francisco 75.



Primera Conferencia

EL ESPIRITISMO

SEÑORES:

Hace más de un siglo que va extendiéndose por el mundo una práctica que la razón y la fe condenan como engendradora de muchos males. Una práctica que sorprende por las inexplicables maravillas que produce y que excita vivamente la curiosidad por la novedad de los fenómenos que presenta; una práctica que aparece á los ojos de las almas incautas como inocente pasatiempo; pero que poco á poco va infiltrando traidoramente en los espíritus un veneno sutil que concluye por extinguir la fe, por corromper las costumbres y por causar en los que la frecuentan daños á veces irreparables.

Esta práctica, que en toda la antigüedad gentilica fué conocida con el nombre de *magia*, se atavía hoy con el nombre de *espiritismo*. Y así como la antigua magia dominó en el mundo pagano y domina aun en las regiones no alumbradas por la luz del Evangelio; así también la magia moderna, disfrazada bajo un nombre menos repugnante para las ideas de la edad presente, se esfuerza hoy por restablecer su dominación antigua, conquistando prosélitos aun en las naciones más cultas.

Y con una habilidad reveladora de su origen, cambia de fisonomía según el carácter y temperamento de los pueblos, á fin de conquistarse más fácil acogida.

Y por eso, el espiritismo es positivo y dogmático en América; excéptico y discursivo en Inglaterra; místico y trascendental en Alemania; alegre y generoso en Francia.

Por las condiciones especiales de nuestra época, en que la decadencia moral nos va acercando al antiguo paganismo, y en que se siente una ansia insaciable de novedades y de emociones extraordinarias, el espiritismo constituye al presente un grave peligro para las almas. Y este peligro es tanto más temible cuanto que el enemigo que las asecha, es un enemigo insidioso y oculto, que fingiéndose muchas veces ángel de luz, consigue abrir los ánimos á la confianza y llevar á los hombres á su ruina por fácil é inadvertido sendero.

Creo, señores, llegado el momento de denunciar este peligro, arrancando el antifaz al pérfido seductor que avanza entre las sombras. Y por eso me permitiréis interrumpir la exposición del dogma católico que vengo haciendo en estas conferencias, para dedicar la presente á manifestar cuál es la causa y origen de los fenómenos espiritistas y las consecuencias morales que fluyen naturalmente de esta demostración.

I

¿Y qué es el espiritismo? El espiritismo, como lo indica su nombre, es la comunicación con los espíritus, verificada mediante la intervención de ciertos agentes, que desempeñan el oficio de mediadores entre el mundo visible y el invisible. Esta comunicación se efectúa de varios modos: ya por vía de *interpretación* de ciertos signos convencionales que consisten en golpes ó movimientos de tripodes parlantes ó giratorias; ya por vía de *escritura*, cuando la mano de una persona se ve obligada por fuerza irresistible á escribir las respuestas de los espíritus; ya por medio de *audición*, toda vez que los espíritus ha-

UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE

blan en lenguaje ordinario y sensible; ya, en fin, por vía de *visión*, cuando aparecen en forma humana para conversar con sus evocadores.

Preceden y acompañan á estas comunicaciones ciertos hechos maravillosos que anuncian y certifican la presencia de los espíritus; ora moviendo, levantando y deteniendo en el espacio cuerpos de gran peso; ora produciendo esplendores de forma y colores diferentes en lugares oscuros; ora causando ruidos de toda especie, desde el fragoroso estrépito del trueno, hasta las armoniosas modulaciones de instrumentos musicales.

En presencia de estos extraños fenómenos, ocurre naturalmente preguntar: ¿quién los produce? Sí, como lo enseña la razón, no puede haber efecto sin causa, ¿cuál es la causa de esos efectos maravillosos?

Entre los muchos que han tratado de investigar el secreto de esos fenómenos, hay unos que los atribuyen á impostura, otros á alucinación mental, y no pocos á causas puramente naturales.

Pero basta un momento de atenta consideración para persuadirse de que ninguna de esas hipótesis es racionalmente admisible.

No pueden atribuírse á impostura, porque el tiempo, que es el leal amigo de la verdad y enemigo implacable de la falsedad, descubre al cabo la falsificación. Y un siglo es tiempo suficiente para ponerla en transparencia, especialmente cuando los hechos caen bajo el dominio de los sentidos y pueden ser constatados por un gran número de testigos. Los fenómenos del espiritismo se encuentran en este caso: son hechos visibles y públicos, y centenares de testigos aseguran su efectividad á la faz del mundo; siendo digno de notarse que muchos de ellos declaran haber entrado en la investigación de esos fenómenos con un espíritu verdaderamente excéptico y que han debido rendirse al fin ante la evidencia de la realidad.

No es menos inaceptable la hipótesis de Littré, que explica esos hechos atribuyéndolos á un mero efecto de alucinación, es decir, á esa enfermedad de la fantasía, por la cual el que la padece toma por realidades sus propias imaginaciones. Y en verdad, es imposible suponer que los millares de espectadores

que asisten á las sesiones espiritistas, pertenecientes á todas las nacionalidades del mundo y de edad y condiciones diferentes, hayan sido víctimas de esa extraña forma de delirio, creyendo ver trípodes en movimiento y oír estruendos en el aire, sin que en realidad haya habido nada que turbe la quietud y el silencio.

Pero, á lo menos, ¿no serán esos hechos extraordinarios producidos por causas naturales? ¿No habrá entre las fuerzas físicas algunas que produzcan naturalmente esas traslocaciones de cuerpos pesados, esos ruidos, esos esplendores, esas apariciones aéreas y vaporosas, esas mesas que hablan y escriben?

Nó, señores: porque los fenómenos espiritistas tienen tales caracteres que no solamente excluyen toda causa natural, sino que a menudo se verifican contrariando las leyes más conocidas de la naturaleza física. Es propio de las causas naturales obrar constante y uniformemente: el fuego siempre quema, la luz siempre alumbra, la piedra lanzada al espacio vuelve siempre á su centro. No sucede lo mismo con los efectos del espiritismo: la experiencia enseña que nada hay más inconstante, nada más incierto, nada más indefinido. Unas veces se producen con la intervención de los mediums; otras con prescindencia de todo intermediario. A veces los espíritus se comunican por medio de golpes, y otras veces por lenguaje articulado ó escrito. Aplicadas las mismas circunstancias y en las mismas condiciones, no siempre se producen los mismos efectos. Lo que prueba que esos fenómenos no están sujetos, como las causas naturales, á leyes invariables y permanentes.

Y todavía esos efectos contrarían las leyes de la naturaleza. Contrarían, por ejemplo, la ley de la gravedad, manteniendo cuerpos pesados en el aire y haciendo que un hombre suba á una alta columna sin auxilio de las manos ni de otro agente. ¿Será naturalmente posible que una persona hable idiomas que no ha aprendido jamás? De ningún modo; porque según su condición natural, el hombre no puede tener otros conocimientos que los que adquiere por la observación y el estudio. ¿Será naturalmente posible que un hombre anuncie lo que está pasando en un lugar distante? Tampoco, porque el hombre en

su actual condición sólo puede saber lo que está al alcance de sus sentidos externos.

Por otra parte, en las escenas espiritistas las mesas entran en conversación con los espectadores, dando respuestas adecuadas por medio de golpes convencionales ó de palabras escritas con un lápiz adherido al pie de esas trípodes. Ahora bien, esa conversación supone necesariamente facultades intelectuales entre los interlocutores; y vosotros sabéis, señores, que las mesas, siendo compuestas de materia pura, son absolutamente incapaces de todo acto de inteligencia.

Y bien, si la causa eficiente de los hechos espiritistas no se encuentra en el orden natural; si la naturaleza física es de todo punto inhabil para producirlos; aún más, si esos hechos contrarían frecuentemente las leyes naturales, ¿dónde iremos á buscar la causa de esas extraordinarias maravillas?

Hay, señores, más allá del mundo corpóreo, otro mundo invisible, pero real: este otro mundo es el de los espíritus, es decir, de los seres incorpóreos que residen fuera del universo visible; pero que mantienen con él continuas y estrechas relaciones.

La existencia de este mundo invisible es una verdad de fe contenida en las Santas Escrituras y confirmada por las decisiones dogmáticas de la Iglesia. Esto bastaría hablando á los católicos; pero si hubiese de dirigirme á los racionalistas, añadiría que la realidad del mundo angélico no sólo es enseñada por la fe, sino también aceptada por la razón y confirmada por la creencia universal del género humano.

La razón nos dice que la creación no habría sido completa, si Dios se hubiese limitado á dar la existencia á la materia pura y á la naturaleza mixta del hombre, dejando en el seno obscuro de la nada á los espíritus puros, es decir, á los seres en que resplandecen de un modo más completo las perfecciones divinas. No se concibe racionalmente que la omnipotencia creadora hubiese preferido para la manifestación de sus atributos á los seres menos perfectos, pudiendo crear para tan noble fin á seres más perfectos.

Se diría entonces que Dios había tenido más empeño en multiplicar el vil polvo de la tierra que en poblar el mundo

de inteligencias purísimas y nobilísimas. Se diría que más estimación le ha merecido el gusano que se arrastra ignorado y obscuro en el polvo, que las criaturas espirituales capaces de conocerlo y de amarlo. Esto no es posible, porque no es racional; y por lo mismo, debemos creer que si Dios fué fecundísimo en la producción de los seres materiales, ha debido ser mucho más fecundo en la producción de las gloriosas sustancias que piensan y quieren.

La creencia tradicional del género humano confirma esta misma verdad. Y para no citar más que un testimonio de esta tradición, oíd, señores, lo que pensaban los más bellos genios de la Grecia en los días más bellos de su historia. «Orfeo, dice un apologista célebre, ha cantado á los espíritus en sus versos, Pitágoras los coloca en el vestíbulo del mundo divino; Platón llena con ellos los espacios; Sócrates conversa familiarmente con uno de ellos; Aristóteles los considera como los motores de los mundos celestes; y todos los pueblos salvajes los adoran y temen su poder».

Y esta creencia está de tal modo encarnada en la humanidad que trasciende al lenguaje popular, el cual aplica el nombre de ángel á todo lo que se distingue por su perfección, por su bondad y por su gracia. Ángel es el niño que duerme en los brazos de su madre; ángel es la doncella en cuyos ojos se transparenta la inocencia; ángel es el hombre que consume la vida en llevar consuelos al infortunio y socorros á la miseria.

II

Existe, pues, el mundo de los espíritus, y sólo allí podremos encontrar la causa de los prodigios espiritistas. En ese mundo hay tres clases de espíritus: las almas de los muertos, los ángeles y los demonios. Y bien: ¿cuál de estas clases de espíritus será la que actúa en las escenas del espiritismo?

Hace más de un siglo que surgió en la mente de algunos espiritistas la idea de atribuir á las almas de los muertos inter-

vención directa y eficaz en esas escenas. En su concepto son ellas las que dan vida é inteligencia á las mesas parlantes; ellas las que se ponen en comunicación con quien quiera evocarlas; ellas las que dan solución á las cuestiones de hechos y de doctrinas que se les proponen.

¿Y qué hemos de pensar, señores, de esta opinión? Hemos de pensar que es inadmisibile á los ojos de la razón y del buen sentido humano; porque las almas de los muertos, en su condición natural, son absolutamente impotentes para producir los fenómenos espiritistas. Y, efectivamente, las almas separadas del cuerpo no adquieren fuerzas y virtudes que no tuvieron en su unión con el cuerpo. Al contrario, con la separación del cuerpo pierden el único medio de que podían valerse para obrar sobre la materia y ponerse en contacto con el mundo corpóreo. Privadas, pues, de este único medio, se encuentran absolutamente imposibilitadas para actuar con las fuerzas materiales y producir efectos sobre la naturaleza física. Falta, por consiguiente, á las almas humanas una condición natural indispensable para ser causa productora de los fenómenos espiritistas. Y si es verdad que Dios puede concederles por gracia virtudes que no tienen por su naturaleza; si es verdad que Dios puede permitirles que se comuniquen con los vivos y aún que obren sobre las fuerzas materiales; también es verdad que Dios no permite la suspensión de las leyes ordinarias de la naturaleza, sino por motivos dignos de su infinita bondad y sabiduría, como serían los intereses de su gloria y la salvación de las almas, la confirmación de alguna verdad revelada ó la recomendación de alguna virtud moral. Y por lo mismo, sería manifiestamente indigno de Dios que suspendiese la condición natural de las almas, permitiéndoles que concurren á las escenas espiritistas para entretener á los vivos con prodigios que sirven á menudo para propagar errores contra la fe y fomentar el desahogo ilícito de las pasiones. ¿Y no veis, señores, que según esta doctrina, Dios estaría siempre á la disposición de los *mediums*, concurriendo con su poder extraordinario cada vez que á éstos se les ocurriese dar un espectáculo de espiritismo? ¿Creéis posible que las almas que gozan en el Cielo, que se purifican en el Pur-

gatorio y que padecen en el Infierno estén de continuo atentas á la evocación de esos agentes que las llaman para satisfacer la vana curiosidad de unos cuantos espectadores? ¿Creéis que, aún siéndoles posible, estén dispuestas á abandonar en cualquier momento el lugar en que cumplen su destino, para venir á la tierra á divertir á los vivos con frívolos y extravagantes pasatiempos? El buen sentido rechaza una suposición tan absurda.

¿Y qué diremos de la hipótesis que atribuye á los ángeles los efectos del espiritismo? Diremos, ante todo, que entre la hipótesis de las almas humanas y la de los ángeles hay esta diferencia: que la primera atribuye los fenómenos espiritistas á una causa impotente y la segunda á una causa eficaz. En verdad, los ángeles tienen verdadero y natural poder para obrar sobre la naturaleza material; y en esta virtud, pueden mover los objetos localmente con sólo el imperio de su voluntad; pueden valerse de los agentes naturales para producir instantáneamente efectos físicos; pueden ver, mediante su extrema agilidad, lo que pasa en lugares lejanos; en razón de su habilidad y penetración, pueden conjeturar lo que está por venir; y en virtud de su ciencia altísima, conocen todos los secretos de la naturaleza y pueden comunicarse en cualquier idioma.

Los ángeles podrían ser, por consiguiente, causa eficaz de los fenómenos espiritistas, si sólo se atendiese á su poder y ciencias naturales. Pero sabemos por la fe que la acción de los ángeles está enteramente subordinada á la voluntad de Dios, á quien sirven como delegados, emisarios é instrumentos de su Providencia. No dependiendo sino de Dios, sólo de El reciben la misión que han de desempeñar en el mundo en favor de los hombres. Abrid las Santas Escrituras, y en todos sus libros hallaréis á los ángeles desempeñando ministerios de bondad, de misericordia y de justicia para salvar, dirigir y corregir á los hombres. Por lo tanto, si el ministerio angélico procede de Dios como de su principio y conduce á Dios como á su fin, no puede ser obra de los ángeles lo que no sea conforme á tan augusto principio ó se oponga á tan alto fin. Por lo cual, de tan no-

CATÓLICA DE CHILE

bles y santos espíritus no puede proceder sino lo que se enderece á la gloria del Criador, ó conduzca á la salvación de los hombres.

Y bien, ¿os imagináis, señores, que Dios pueda confiar á esos espíritus la misión de producir golpes en las mesas parlantes, causar espanto con ruidos estrepitosos, y contestar por medios exóticos á preguntas vanas y pueriles? ¿Os imagináis que esos insignes príncipes de la Corte Celestial puedan envilecer su dignidad hasta el punto de convertirse en espíritus golpeadores, petulantes, malignos y mentirosos, como son los que intervienen en las sesiones espiritistas? ¿Os imagináis, en fin, que esos espíritus santísimos vengan á enseñar á los hombres falsedades ante la ciencia, herejías ante las enseñanzas de la fe y deformidades ante la moral cristiana?

Y bien, preguntamos de nuevo: ¿quién puede ser el autor de los fenómenos del espiritismo? Examinados esos fenómenos en su naturaleza interna, la razón nos obliga á admitir una causa extraña á la naturaleza corpórea y humana; una causa dotada de inteligencia, poderosísima en su acción y malvada en sus intentos. Estos caracteres se reúnen en los demonios. Son extraños á la naturaleza corpórea y humana, porque son espíritus puros. Son poderosísimos en su acción, porque no han perdido por su caída el poder y la ciencia propios de la naturaleza angélica. Son malvados en sus intentos, porque con el pecado se depravó de tal manera su voluntad que su único placer es el mal, y su única aspiración hacer guerra á Dios y arrastrar á los hombres á su irremediable desdicha. Es lo que nos enseña la revelación y la creencia universal del género humano. En las dos extremidades de la Biblia, en el Génesis y el Apocalipsis, en el principio y en el fin del drama gigantesco de la humanidad, encontramos al demonio seduciendo al hombre para apartarlo del camino de la felicidad. Como la serpiente que se oculta en parajes oscuros y se lanza silbando sobre el viajero desprevenido, el corruptor invisible de las almas les tiende lazos llenos de artificios para perderlas. «Padre de la mentira», según el Evangelio, cubriéndose de apariencias falaces, afecta un fin que no es el suyo; y sólo descubre sus in-

tentos cuando ha conseguido habituar á sus víctimas á las tinieblas y al oprobio.

Esta es también la creencia universal; y por eso la antigüedad gentilica tributaba culto y ofrecía ofrendas á los demonios para librarse de su malevolencia, haciéndolos propicios. Y Milton no es más que un eco de esta creencia, cuando pone en los labios de Luzbel, caído al abismo del eterno dolor, estas palabras: «Mal, sé tú en adelante mi único bien».

Y puesto que toda obra refleja la fisonomía de su autor y todo efecto sigue la naturaleza de su causa, no es posible dejar de ver en el espiritismo la fisonomía del demonio y en sus efectos la perversidad del espíritu del mal. El espiritismo es, en verdad, herético en sus doctrinas y desastroso en sus efectos. Léanse las obras espiritistas, y en ellas se verá negada la revelación, rechazada la autoridad de la Iglesia y ridiculizado el uso de los Sacramentos. Sus prácticas conducen al restablecimiento del antiguo paganismo, persuadiendo al hombre de que el placer es el único fin de la vida humana, y que, cuando éste falta, la vida es una carga inútil y penosa de que es preciso libertarse por la muerte. Sus efectos son no menos desastrosos: las revelaciones de cosas ocultas, verdaderas ó engañosas, hechas por los espíritus, han producido muchas veces las más dolorosas consecuencias: separaciones de tálamos, enemistades sangrientas, demencias incurables y funestos suicidios.

Básteme citar un solo hecho en confirmación de esta verdad. Es la lamentable historia de un padre de familia que, habiendo perdido á su esposa, á quien idolatraba, quiso buscar algún consuelo en su dolor, interrogando á los espíritus acerca de la condición en que se encontraba en la eternidad ese ser tan amado. Y cuando él creía confirmarse en la persuasión de que allá era tan feliz como lo merecía su virtud, oyó la horrible declaración de que su esposa le había sido infiel toda la vida.

No hay cómo expresar la impresión que produjo en el infortunado esposo una noticia tan terrible como inesperada. Presa de la desesperación, maldice una y mil veces la memoria de aquella á quien tanto amaba, deshereda y arroja de su casa á

UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE

sus inocentes hijos, y muere al poco tiempo víctima de incurable tristeza.

Y bien, ¿cómo no ver en estos efectos la mano de aquél de quien se ha dicho que «fué homicida desde un principio?» ¿Quién si no el «padre de la mentira?» puede hacer del engaño el medio de conquistarse prosélitos?

Esa fué la táctica empleada para seducir á los progenitores del linaje humano; éste es el arte con que ha logrado esparcir en los pueblos errores y supersticiones culpables; éste es el artificio de que se vale al presente para arrastrar á muchas almas incautas á su ruina. ¿Y para qué añadir más reflexiones en confirmación de esta verdad, ya que los mismos espíritus, interrogados acerca de su condición, han declarado más de una vez que son los espíritus del mal?

III

De los antecedentes expuestos se deduce una consecuencia ineludible: la obligación para los cristianos de abstenerse de toda práctica espiritista. Por derecho natural debemos abstenernos de todo acto intrínsecamente malo; y es indudable que es intrínsecamente malo entrar en comunicación voluntaria con los demonios, enemigos jurados de Dios y de las almas. Por eso en el antiguo y en el nuevo Testamento se prohíbe, como práctica gravemente perniciosa, invocar é interrogar á los demonios. Por eso la Iglesia ha renovado, por su parte, la misma prohibición, declarando que en las prácticas espiritistas hay intervención diabólica. Por lo cual, si se preguntase si es lícito asistir á los experimentos magnéticos ó espiritistas, aunque sea por mera curiosidad y sin tomar parte activa ó directa en ellos, responderíamos que, según los principios de la moral, no es lícita la asistencia á esos experimentos, porque la curiosidad de ver operaciones diabólicas es de suyo mala y peligrosa; y porque esa asistencia es una cooperación, á lo menos, indirecta á aquellos experimentos, y no es lícito cooperar, ni aún indirectamente, á una obra intrínsecamente mala.

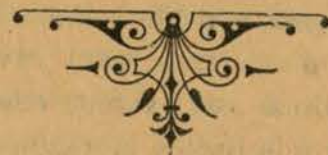
Estas conclusiones prácticas son, señores, el resultado necesario á que nos conduce la investigación que hemos hecho de las causas del espiritismo, investigación que ha puesto en transparencia la verdad tristísima de que el grande adversario de Dios, aunque mil veces vencido, no desmaya en su intento de arrebatarse al cielo para hacerlas participantes de su propia desdicha. A pesar de sus derrotas, sigue probando la suerte de las batallas, convencido de que, si nada puede contra Dios y su obra, puede mucho con aquellos que, como la primera mujer, se acercan á él para oír sus palabras engañosas. Renovando sin cesar la antigua tentación, convida á los hombres á acercarse al árbol prohibido para comer de sus frutos, persuadiéndolos de que, comiendo de ese fruto, no tendrán necesidad de Dios, porque serán como dioses. Y así, halagando el orgullo humano, ha conseguido que muchos hombres, creyéndose luz y maestros de sí mismos, excluyan á Dios de su razón, de la moral, de la legislación, de la familia, de la educación y hasta de las tumbas. Halagando la sensualidad, triste herencia del primer pecado, muestra la belleza del fruto prohibido, é induce á los hombres á buscar en el placer el fin de la vida y en el oro el secreto de la felicidad. Y fingiéndose á veces verdadero amigo del hombre, le presenta el mal bajo las apariencias del bien, para ganar su confianza, como aquellas ninfas del mar, de que habla la fábula, que con la dulzura de su canto atraían á los navegantes á los escollos.

Pero el tentador no arroja á Dios de las almas, sino para sustituirse á Él en la adoración del mundo. Quiere una iglesia, quiere un culto, quiere apóstoles, y ya los tiene. Tiene su iglesia en la Francmasonería; tiene su culto en el espiritismo y su apóstol en el racionalismo. Unos y otros trabajan á su modo para extender el reino de Satanás y destruir el de Cristo. Y aunque jamás conseguirán su intento, porque el reino de Cristo es inmortal, es el caso de repetir las palabras de Pío IX, de gloriosa memoria: «Yo no temo por la nave; pero no respondo de sus tripulantes».

Dios deja á los espíritus del mal una libertad limitada para dar interés y grandeza á la lucha entre el bien y el mal, que

UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE

constituye la vida humana. Sin lucha no hay méritos ni gloria; y Dios quiere que las coronas que reserva en la eternidad sean el premio de los vencedores en su lucha contra el mal. Pero el hombre no está solo en estos combates: Dios lo ayuda, lo alienta y lo estimula con su gracia, á condición de que se aleje del astuto y pérfido enemigo y no entre jamás en capitulaciones con él; porque el que voluntariamente se expone al peligro, en él perecerá.





Segunda Conferencia

IV

En virtud de poderosas consideraciones he debido entrar al examen del espiritismo moderno, para investigar su origen y sus causas. He entrado á este examen con el criterio frío del filósofo que investiga á la luz de la razón los fundamentos de un sistema y deduce las consecuencias que fluyen por sí mismas de los principios. Cierto de la efectividad de los fenómenos que presenta el espiritismo á la vista asombrada de los que lo practican, mi primera investigación debió consistir en averiguar si entre las causas naturales había alguna capaz de producir esas maravillas. Y no encontrándola ni en la naturaleza corpórea ni en la naturaleza humana, debí buscarla en un mundo más alto, habitado por seres más poderosos que la materia y que el hombre. En ese mundo invisible, pero real, existen almas humanas, ángeles y demonios; y procediendo por el método de exclusión, adquirí la certidumbre de que ni las almas, ni los ángeles podían ser autores de esos fenómenos. Y examinando estos hechos en su naturaleza íntima, hube de llegar á la conclusión de que sólo en los espíritus del mal se reúnen todas las condiciones necesarias para producirlos. Y así, arrastrado por la fuerza imperiosa de la lógica, hube de

UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE

afirmar que ó no existe el espiritismo, ó tiene al demonio por autor.

Esta conclusión ha levantado protestas en el campo espiritista rechazando con indignación la poco envidiable honra de ser discípulos del pérfido enemigo del género humano. Pero yo debo decir, en descargo mío, que no soy el culpable de este irreverente desacato, sino la lógica con sus implacables rigores. Yo he deducido de premisas ciertas una consecuencia legítima; y si de esto resulta algún agravio para alguien, siento declarar que la reparación es imposible, porque la razón es inflexible en sus fallos.

Por deber y por cortesía, debo tomar en cuenta las observaciones que se han hecho en público y en privado acerca de la doctrina expuesta en mi última conferencia. Y con esto me será dado esclarecer con nuevas consideraciones este interesante asunto.

Las observaciones de carácter doctrinal pueden resumirse en las siguientes: 1.^a—Hay causas naturales ocultas que explican los fenómenos espiritistas; 2.^a—Los demonios no existen; y en consecuencia, no pueden ser autores de esos hechos maravillosos.

V

Séame permitido, ante todo, hacer notar en mis contradictores un procedimiento inaceptable en las discusiones de principios; y es el de afirmar ó negar sin aducir pruebas sólidas y convincentes de sus afirmaciones ó negaciones.

Y vosotros sabéis, señores, que los razonamientos fundados en principios ciertos son los únicos que pueden demostrar una verdad y llevar el convencimiento á la razón.

La primera de estas afirmaciones gratuitas es aquella trivial inculpación de que el catolicismo es enemigo de las ciencias y un estorbo para el progreso científico. Hace más de un siglo que esta inculpación calumniosa salió de los labios de Voltaire; y desde entonces viene repitiéndose como un eco por todos los enemigos de la Iglesia. Y aunque ha sido mil veces pulverizada, sigue esgrimiéndose como arma de descrédito ante las in-

doctas muchedumbres. Pero en vano, porque ante los hechos nada valen las palabras; y el hecho palpable, manifiesto, indiscutible, es que el catolicismo es y ha sido el hogar más vasto de las ciencias; hogar en que abundan los sabios de primer orden, como abundan las estrellas en el cielo y las perlas en el mar. ¿Será necesario citar sus nombres? Un volumen no bastaría para contenerlos. Pero, ¿quién no los conoce? ¿quién que haya hojeado la historia de las ciencias no conoce á Copérnico, Keplero y Newton, padres de la astronomía moderna? ¿quién no conoce á Leibnitz, Descartes y Balme, filósofos insignes? ¿quién no conoce á Cuvier y Marcel de Serres y á Elías de Beaumont, geólogos eminentes; á Cauchy, el primer matemático del mundo; al P. Secchi, el más célebre explorador del Cielo en los últimos tiempos; á Biot, Quatrefages y Pasteur? Pero, no necesitamos ir muy lejos, ni remontarnos á otros siglos para encontrar á sabios distinguidos en quienes la ciencia y la fe se unen con lazada de oro. En estos mismos días, un jesuita ilustre, el P. Ricardo Cirera, representante de España en el Congreso Internacional de estudios solares, acaba de recibir en Francia una brillante ovación por sus trabajos científicos, los cuales han sido ensalzados con entusiasmo por hombres tan doctos como Desiandres y Flammarión.

Nadie se empeña, señores, por difundir lo que no ama; y vosotros sabéis por la historia que la Iglesia ha sido en todos los tiempos la propagadora incansable de las ciencias, de las letras y de las artes. Jesucristo hizo un precepto de la enseñanza; y la Iglesia, obediente á este mandato, no ha cesado de enseñar, aún en medio de las persecuciones. En aquella larga noche de cinco siglos que sucedió á la invasión de los bárbaros, fué ella el único faro encendido en la costa solitaria y la única arca salvadora de los restos de la sabiduría antigua. Obra suya han sido las más célebres universidades del mundo; y ella fué la primera á quien le cupo la gloria, como dice Ozanam, «de haber abierto de par en par las puertas de las escuelas para que entrasen en ellas, como en el festín del Evangelio, los ciegos, los cojos y los mendigos». Obra suya son las más grandes bibliotecas del mundo; de las cuales una sola, la Vaticana,

bastaría para demostrar el amor y solicitud con que guarda la Iglesia los tesoros del saber humano. Colocada junto á la morada del Papa y vecina del santuario, está diciendo á todas las edades que los Jerarcas de la Iglesia extienden una de sus alas sobre la religión y la otra sobre la ciencia. Ved, señores, á esas innumerables órdenes religiosas que hacen de la enseñanza la profesión de su vida, y de los sacrificios que ella impone su única herencia. Y cuando la ola de la impiedad las arroja de un país, porque enseñan á amar á Dios, juntamente con el amor á la ciencia, emigran, como las aves, á otras regiones más benignas, llevando el grano fecundo de la ciencia que arraiga y fructifica en todas partes. ¿Y para qué ir á buscar á larga distancia testimonios del amor de la Iglesia á las ciencias, si aquí mismo, sin salir de los términos de nuestra patria, los encontramos á millares? Y para no hacerme interminable, ¿qué es, decidme, este establecimiento en que os habló sino un plantel lozano, nacido del amor de la Iglesia y mantenido con las larguezas de los católicos chilenos?

¿Queréis todavía otro testimonio? Hace treinta y siete años que se reunió en Roma un Concilio á que concurrieron setecientos obispos de todas las comarcas del mundo. De esa augusta asamblea emanó un documento importantísimo, en el cual se leen estas palabras:

«Tan lejos está la Iglesia de oponerse á la cultura de las artes y disciplinas humanas, que antes bien las ayuda y promueve, pues no ignora las ventajas que de ellas dimanar... crezcan, pues, y adelanten mucho y con grande ardor la inteligencia, la ciencia y la sabiduría de todos y de cada uno de los hombres, y de todas las edades y en todos los grados».

Tal es, señores, el voto y el anhelo de la Iglesia. ¿Sabéis cuál es la ciencia que la Iglesia rechaza? La Iglesia rechaza la falsa ciencia y á los falsos sabios; es decir, aquella ciencia que no se funda en principios ciertos y demostrados, sino en hipótesis, en sofismas, en calumnias, en simples opiniones; y la rechaza, porque el que posee la moneda legítima no puede aceptar la falsa. Y ya esta ciencia está juzgada.

No hace muchos años que un hombre de clarísimo ingenio,

después de examinar maduramente los ataques dirigidos á la Iglesia á nombre de la ciencia, escribió una obra con un título que equivalía á un epitafio sepulcral: *La Bancarrota de la Ciencia*. Este hombre ilustre era Brunetière, que salido de las filas del racionalismo, y atraído por la evidencia de la divinidad del catolicismo, acaba de dormir su último sueño en el blando regazo de la fe cristiana.

Ahora, entremos en materia.

VI

Grandes y constantes esfuerzos se han hecho hasta hoy para encontrar entre las fuerzas naturales, alguna que explique los fenómenos principales del espiritismo. Muchas hipótesis, más ó menos ingeniosas, se han inventado con este fin; pero ninguna ha resistido al diligente examen de la crítica. Ni la hipótesis *espontánea* de Littré, ni la hipótesis *mecánica* de Faraday, ni la hipótesis *eléctrica* de Caupont, ni la hipótesis *hipnótica* de Braid, ni la *fluidica* de Garcin, examinadas atentamente, explican el conjunto de los fenómenos espiritistas. Su eficacia alcanza, á lo más, á dar razón de uno que otro de los hechos que se producen, quedando sin explicación los más sorprendentes.

Pero, si hasta ahora no se han encontrado entre las fuerzas físicas ninguna que descubra el secreto de esas maravillas, ¿no podremos esperar que se encuentre más tarde, mediante el continuo progreso de las ciencias? ¿No habrá en la naturaleza alguna causa oculta que se haya escapado á las investigaciones de los sabios?

Hubo un tiempo, señores, en que se hacía mofa de los sabios, porque recurrían á las fuerzas ocultas de la naturaleza, toda vez que no podían explicar algún efecto físico. Y hoy los sabios del espiritismo, los que se ufanan de volar con alas de águila en las ascensiones del progreso y tildan á sus adversarios de andar con pies de plomo en el camino de las ciencias modernas, recurren hoy al expediente de las causas ignotas, lo mismo que los sabios que vivieron hace cinco siglos.

Lo cierto es, señores, que no hay ni puede haber causas ocultas que expliquen los fenómenos espiritistas. Nadie ignora, en efecto, que la naturaleza se rige por leyes constantes é inmutables: leyes que no pueden modificarse ó suspenderse sino por disposición expresa del Soberano Legislador. Y siendo dictadas por una sabiduría infinita, no puede llegar el caso de que unas leyes contraríen ó destruyan otras leyes, porque se produciría el desconcierto en el orden del Universo. Pues bien, si no hay en el mundo físico leyes contrarias á otras leyes, es evidente que no pueden ser efectos de causas naturales los fenómenos que se producen contrariando las leyes más conocidas del orden físico. Y esto es lo que acontece en un gran número de los hechos del espiritismo.

Hay una ley que se llama de la *gravedad*, por la cual todo cuerpo pesado tiende á buscar su centro, que es la tierra. Ahora bien, en las escenas espiritistas se ve frecuentemente contrariada esta ley: mesas y muebles de gran peso, y aún cuerpos humanos, se mantienen en el espacio sin ningún agente visible; y no han faltado ocasiones en que una mesa sujeta por hombres robustos, se ha lanzado al espacio con tal violencia que sus sostenedores han caído en tierra. En presencia de este extraordinario fenómeno, cabe preguntar: ¿podrá haber alguna causa oculta contraria á la ley de la gravedad? Si la hubiese, diríamos que existen en el universo leyes destructoras de otras leyes.

Hay otra ley, la de la *inercia*, por la cual los cuerpos inorgánicos necesitan para moverse de una fuerza motriz extrínseca. Esta ley es contrariada con mucha frecuencia en las sesiones espiritistas, en que los muebles y demás objetos se mueven por sí mismos, cambian de lugar y aún danzan á compás de la música. Y bien, yo pregunto de nuevo: ¿podrá existir en la naturaleza alguna causa oculta que destruya la ley de la inercia?

Es una verdad indiscutible que los seres materiales son absolutamente incapaces de ejercer operaciones intelectuales. ¿Quién ha visto alguna vez pensar á las piedras ó á las mesas? Y sin embargo, en las reuniones espiritistas las mesas hablan

por medio de golpes, contestando con toda exactitud á las preguntas que se les dirigen. Y bien, ¿podrá haber alguna causa oculta que comunique inteligencia á los objetos puramente materiales, convirtiéndolos en seres espirituales?

Las causas físicas no obran voluntariamente, sino fatalmente: acercad el fuego á la pólvora, y no habrá medio de impedir que se inflame. En el espiritismo sucede lo contrario: ahí la causa productora de los hechos obra libremente; y esta voluntad tiene tal predominio sobre los hechos, que los suspende y modifica sin sujeción á ninguna regla. Y los mismos espiritistas están tan convencidos de esta arbitrariedad, que cuando no consiguen que se aparezcan los espíritus, exclaman: «Por hoy los espíritus están mal dispuestos». Pues bien, ¿habrá en la naturaleza alguna causa oculta que, trastornando la condición natural de los seres, comunique voluntad y libertad á la materia pura?

Pero aún hay más. Los hechos del espiritismo se han clasificado en cuatro grupos: los *mecánicos* que se refieren al movimiento; los *físicos*, que se relacionan con la luz, el calórico, el magnetismo; los *fisiológicos*, que comprenden todos los hechos que afectan al organismo humano; y los *sicológicos*, en que se incluyen las operaciones intelectuales. Vosotros sabéis, señores, que la Filosofía establece como principio inconcuso que «la acción del ser sigue al ser», es decir, que las operaciones de los seres son siempre conformes á su naturaleza. Así el fuego produce la combustión, pero no humedece como el agua; el agua humedece, pero no alumbra como la luz; la luz ilumina, pero no sopla como el aire. Según este principio, debería haber una causa especial para cada uno de los diferentes grupos de fenómenos que hemos enumerado: debería haber una causa para los hechos mecánicos; otra distinta para los físicos; otra para los fisiológicos; y otra, finalmente, para los sicológicos.

Sin embargo, vemos en la práctica que todos esos fenómenos se producen muchas veces simultáneamente y sin ninguno de los agentes naturales que producen el movimiento, la luz, el sonido, el calor. Esta simultaneidad indica que hay una causa única y común á todos; y que esta causa única no es natural,

porque entre las causas naturales no hay ninguna que produzca á la vez tantos y tan variados efectos.

Pero, ¿no podrá el hombre producir esos efectos? Así lo creen algunos, atribuyéndolos á engaños ó artificios de los *mediums*. Más si esto pudiera ser verdad en cuanto á los hechos menudos del espiritismo, como los golpes y movimientos de las mesas giratorias, no es admisible respecto de los grandes fenómenos, porque estos exceden manifiestamente el poder de las facultades humanas. Fijémosnos en algunos de los fenómenos sicológicos. ¿Podrá un hombre en su condición natural ver á enormes distancias, penetrar en el pensamiento ajeno, prever acontecimientos futuros, disertar sobre ciencias que no ha aprendido y hablar idiomas desconocidos?

Todo esto es naturalmente imposible, aunque se suponga á los *mediums* bajo la acción de todos los fluidos del mundo, porque ningún fluido puede tener la virtud de cambiar la naturaleza humana. Agréguese á ésto que los fenómenos no se producen por voluntad de los *mediums*, pues en muchos casos sus esfuerzos resultan inútiles y falsas sus previsiones. Lo que prueba que la fuerza que obra no les pertenece de derecho, sino que se vale de ellos como de un instrumento.

VII

He dicho, señores, que la causa productora de las maravillas del espiritismo ha de buscarse en el mundo de los espíritus; y en ésto convienen los espiritistas, ya que han dado á su sistema el nombre de *espiritismo*. La divergencia comienza en la designación de los espíritus: ellos dicen que son las almas de los muertos; y nosotros sostenemos que son los espíritus del mal. Pero los espiritistas rechazan esta doctrina, y llegan en sus protestas á negar la existencia misma de los espíritus del mal.

¿Y en qué se fundan? En una simple negación. Y ya que una negación se contesta con una afirmación, yo voy á oponer á la negación espiritista una afirmación solemne, grandiosa y digna de todo respeto y de entera fe: la afirmación del género humano.

Consultad la historia, señores, y ella os dirá que la humanidad entera, así la gentilica como la cristiana, ha creído en la existencia de los espíritus del mal. En todos los pueblos de la antigüedad gentilica encontraréis templos, altares, sacrificios, sacerdotes, invocaciones y ofrendas en homenaje á los demonios. En la teogonía de los pueblos medo-persos hallaréis á los malos genios procedentes de *Ahriman*, raza perversa que hacía guerra á *Ormuzd* y esparcía toda clase de males en la tierra. En Grecia y Roma era común la creencia en los buenos y malos genios: Esquilo, el padre de la tragedia griega, reproduce en su *Prometeo* la tradición de la caída de los ángeles; Platón en su diálogo el *Banquete*, cree que los demonios ocupan un lugar intermedio entre los dioses y los mortales; Plinio, el primer naturalista entre los romanos, atribuía á los demonios los ruidos estrepitosos que se sentían en el monte Atlas. En la China se veneraba con ritos diversos á los *Scin*, genios buenos, y á los *Kue y*, genios malos. En los *Vedas*, libros sagrados de la India, se menciona á los ángeles y á los demonios, y se establecen ritos litúrgicos para librarse de los *asourás*, pertenecientes á una raza maldita. Los mahometanos creen que un gran número de ángeles fueron condenados por su rebelión á castigo sin fin y atribuyen á ciertos genios subalternos las enfermedades y padecimientos de los hombres.

¿Necesitaré probar qué la humanidad cristiana profesa esta misma creencia? Esta humanidad, por el hecho de ser cristiana, cree en la revelación divina; y esta verdad se encuentra claramente expresada en los Libros Santos.

Y bien, señores, ¿qué es la humanidad cristiana? Es la más numerosa, la más ilustrada, la más inteligente, la más virtuosa; es el hogar en que se han formado los santos, los doctores, los mártires, los cenobitas; es el vergel en que florecen las más grandes virtudes y todos los heroísmos de abnegación, de caridad, de amor á Dios y á los hombres; es la tierra fecunda en que han brotado á centenares los más inspirados poetas, los más célebres artistas, los más insignes guerreros, los más grandes monarcas, los más profundos filósofos, y los más ilustres exploradores de la tierra y el cielo; es la noble Francia, centro

UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE

de la civilización; la risueña Italia, patria acariciada de las artes; la hidalga y altiva España, cuna de héroes y de santos, y la joven América, que nació á la vida de la civilización en brazos de la fe cristiana; es la docta Alemania, la industriosa Inglaterra, y el poderoso imperio moscovita, que aunque separadas de la Iglesia Católica, no han abdicado del Evangelio.

Ved, señores, á estas dos grandes humanidades profesando en este punto una misma creencia, á pesar de sus profundas diferencias. Ved á San Pablo de acuerdo con Platón y Aristóteles cuando enseña que «nuestra lucha no es únicamente contra la carne y la sangre, sino también contra los espíritus de iniquidad extendidos por el mundo».

En medio de este concierto universal de testimonios se dejan oír algunas voces de negación y de protesta; pero, ¿qué valor pueden tener esas voces? El de unas cuantas gotas en la inmensidad del océano; el de unos cuantos girones de nubes en el azul sereno del firmamento; el de unos cuantos ecos en el silencio augusto del desierto. Por lo cual pudiera decir con un autor célebre: «Hay alguien que tiene más razón y más talento que los sabios obstinados en no creer sino lo que ven; y este alguien es todo el mundo.»

Y bien, ¿cómo se explica esta maravillosa uniformidad? Esta uniformidad supone dos cosas: una revelación primitiva transmitida por la tradición, y una serie de manifestaciones visibles del mundo invisible. Y en verdad, no es posible dejar de ver la acción de los espíritus del mal en los horrores de los cultos gentilicos, cuyo recuerdo conserva la historia. El culto de Moloch, que exigía á los padres el sacrificio de sus hijos; los execrables misterios del buey Apis en Egipto; las donisíacas en Grecia; las bacanales en Italia; las orgías y torrentes de sangre en los pueblos salvajes; son otros tantos indicios de la acción demoniaca. La perversidad humana no puede llegar á tanto; hay en nuestra naturaleza sentimientos innatos que nos inclinan al bien y nos apartan del mal, y que contrarrestan el imperio de las pasiones. Para explicarse tales horrores, es preciso admitir la existencia de otros seres más perversos que el hombre, que lo arrastran hasta las extremidades del mal.

Y luego ¿qué repugnancia puede encontrar la razón para aceptar la existencia de esos seres malvados? Si es conforme á la razón que Dios haya creado espíritus puros, en quienes resplandeciesen de un modo más excelente sus divinos atributos; conforme es también á ella que esos espíritus fuesen dotados de libertad, por lo mismo que eran los seres más perfectos de la creación. Y si fueron creados libres, pudieron caer y convertirse, por su caída sin rehabilitación, en seres reprobados; ¿y por qué extrañarse de que seres reprobados obren el mal?

Pero, ¿por qué Dios, siendo justo y bueno, objetan los espiritistas, habría concedido á los demonios una libertad de que hacen uso tan perverso en detrimento de los hombres? Nada más fácil de explicar: los demonios no disponen de una libertad omnímoda; sólo disponen de una libertad limitada y relativa, que Dios mide en atención á los fines altísimos de su Providencia. Los demonios son por su naturaleza capaces de mucho; pero, no siendo ellos los que gobiernan el mundo, nada pueden hacer en detrimento del hombre, sino en la justa y sabia medida en que lo permita el Rey Soberano, que dirige los destinos y la marcha de la humanidad.

Los demonios son súbditos rebeldes del soberano Rey; pero su rebelión no les da derecho para obrar á su antojo, ni los exime del deber de la obediencia que cumple á todas las criaturas respecto del Creador. Su misión en el mundo es contribuir á dar valor y grandeza á la lucha entre el bien y el mal, á que está sometido el hombre durante su peregrinación terrenal.

En esta disposición resplandece, como en todo, la sabiduría de Dios. ¿Por qué, decidme, nos ha hecho libres? Nos ha hecho libres para engrandecernos; es decir, para que podamos adquirir con méritos propios la felicidad á que nos destina; nos ha hecho libres para que tengamos parte en la obra de salvación, que Dios ha comenzado solo, pero que quiere concluir con nuestro concurso. Sin libertad habríamos sido estrellas, y sin duda, las más bellas del firmamento; pero no habríamos tenido ni otra belleza, ni otra claridad que la que Dios se dignó concedernos por gracia, el cual no vería en nosotros

UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE

otra cosa que su propia obra, sin ningún engrandecimiento de nuestra parte.

Siendo libres, podemos elegir entre el bien y el mal: si elegimos el bien, habremos ejecutado un acto de cordura; pero no habríamos adquirido un mérito propio si esta elección no nos impusiese algún sacrificio; esto es, si no tuviésemos que inmolar ó el interés, ó la pasión, ó las inclinaciones que nos inducen al mal. De aquí resulta la necesidad de la prueba que aquilata el valor de un hombre ó la firmeza de una resolución. ¿Cómo se prueba la viril energía del soldado? En el combate. ¿Cómo se conoce la sinceridad del amor? En el sacrificio. ¿Cómo se prueba la fidelidad de un amigo? En la adversidad. ¿Cómo se demuestra la verdadera y sólida virtud? En la lucha contra el mal.

Y bien, ¿contra quiénes debemos luchar para conquistar los méritos del combate y las coronas del triunfo? Vosotros lo sabéis, señores, desde que fuisteis iniciados en la vida cristiana: debemos luchar con la carne, rebelada contra el espíritu; con el mundo, que nos incita á amar los bienes perecederos con olvido de los eternos; y con el demonio, que induce al mal con secretas y pérfidas insinuaciones.

Esta es la misión que Dios confía á los espíritus del mal; y para esto les concede en cierta medida la libertad. Ellos, apesar suyo, glorifican á Dios, haciendo merecer á los justos y hacen brillar la divina justicia, castigando á los prevaricadores. Y así como la Providencia se valió un día de los bárbaros para castigar al mundo idólatra; así también suele valerse de los demonios para castigar á los violadores de sus santas leyes.

No es, pues, el demonio «un rival afortunado de Dios», como se expresan en son de ironía nuestros contradictores: es un súbdito rebelde que contribuye sin quererlo al cumplimiento de los designios providenciales sobre los hombres y las naciones.

Pero en esta lucha podemos contar con dos cosas: con la asistencia divina, y con la seguridad de no ser tentados más allá de nuestras propias fuerzas. De manera que por grandes que sean las seducciones del mal, siempre nuestra libertad,

dueña de sí misma, podrá alcanzar la victoria. Sólo serán vencidos los cobardes que huyen del combate ó que se entregan inermes y maniatados en poder de sus enemigos.

Se comprende, alegan los espiritistas, que los espíritus del mal se empeñen en seducir á los que van por buen camino, á fin de apartarlos de él; pero no se comprende que ejerzan su acción malhechora sobre los que ya les pertenecen. Esta observación puede contestarse con una palabra.

Si los malos espíritus tientan á los justos para apartarlos del buen camino, ejercen también su acción sobre los pecadores, para retenerlos en el mal camino. Es un conquistador que sabe por experiencia que ninguna presa está segura mientras el hombre vive en la tierra y pueda disponer de su libertad. Sabe que aún los más empecinados en el mal pueden en cualquier día volver á Dios por el arrepentimiento, obtener el perdón y salvarse; sabe, en fin, que muchos de los que fueron en un tiempo sus esclavos, ciñen hoy en el Cielo coronas de gloria inextinguible.

Es un hecho notorio, agregan los partidarios del espiritismo, que, á consecuencia de las instrucciones emanadas del mundo invisible, muchos incrédulos vuelven á Dios y gentes viciosas trabajan por su mejoramiento.

Pretender que esto sea obra de los demonios es suponer que ellos trabajan contra sus propios intereses.

Esta observación tendrfa algún valor si los ateos convertidos pasasen del ateísmo al catolicismo; pero si su conversión es al espiritismo, este hecho sólo probaría que para los espíritus del mal es indiferente que los hombres se pierdan en el ateísmo, en el materialismo ó en el espiritismo. Sabe muy bien el demonio que el catolicismo es la única religión revelada por Dios y que sólo en ella es posible salvarse. Y por eso todo su empeño consiste en apartar á los hombres de esta única nave salvadora, dejándolos en libertad para profesar cualquiera falsa religión ó adoptar cualquier sistema opuesto á las verdades reveladas. Y aunque es cierto que el tránsito del materialismo al espiritualismo es un paso hacia la verdad; también es cierto que ese paso dista mucho de la posesión entera de la verdad

que se encierra en el dogma católico; verdad que, siendo una é inmutable, no puede dividirse en fracciones.

Y luego, si hay, como se asegura, ateos que vuelven á Dios por el espiritismo, en cambio, hay un gran número de católicos que desertan de la fe cristiana por el espiritismo. La experiencia de cada día nos enseña que donde entra el espiritismo, desaparece el catolicismo con sus dogmas venerandos, con sus prácticas moralizadoras, con sus sacramentos que santifican todas las situaciones de la vida, con el culto rendido á Dios, con sus esperanzas inmortales, con sus consuelos en el dolor y en la muerte. En esto se trasparenta sensiblemente la acción de los espíritus del mal, que odiando á Dios, odian también al catolicismo, que es su obra. Y si nó, ¿por qué el espiritismo rechaza y combate al catolicismo? ¿Será porque se cree más perfecto? Eso sería mucha ceguedad ó mucha audacia. Lo combate porque el autor del espiritismo ve en él á un formidable enemigo que cruza sus planes y pone obstáculos á su dominación.

Por último, los espiritistas niegan la existencia de los espíritus del mal, porque es una creencia añeja, incompatible con los actuales progresos de la ciencia.—Pero, señores, si hemos de rechazar por vieja la creencia en la realidad de los espíritus malos, debemos renunciar por la misma razón á todas las verdades, á todas las tradiciones, á todas las creencias que cuentan con la consagración de los siglos y con el veredicto del género humano. Vieja es la creencia en Dios, y, sin embargo, los espiritistas la aceptan; vieja es la creencia en la espiritualidad del alma, y los espiritistas no la rechazan; vieja es la razón humana, y los espiritistas no han renunciado á ella; viejas son las matemáticas, y los espiritistas siguen creyendo en los axiomas geométricos. ¿Por qué sólo la creencia en los malos espíritus se ha de condenar por vieja? Lo cierto es, señores, que toda verdad es vieja, porque los principios en que se fundan son eternos; y por lo mismo, no depende de las opiniones de los hombres ni de los caprichos de la moda.

El espiritismo es también muy antiguo. Por más que se atavía hoy con traje moderno, en sustancia es la magia que

dominó en todos los pueblos de la antigüedad. Casi no hay fenómeno que el espiritismo se atribuya como producto propio, que no sea viejo en el mundo, como lo demuestra la historia de la magia. Básteme citar en confirmación de lo que hay de más característico en el espiritismo actual, esto es, de la evocación de los espíritus, las severas prohibiciones contenidas en el Antiguo Testamento de evocar á las almas de los muertos para saber de ellos los sucesos del porvenir. ¿Y no nos cuenta el Libro de los Reyes la visita de Saúl á la pitonisa de Endor para pedirle que emplease su arte á fin de conseguir el apareamiento del profeta Samuel?

Por lo demás es, sin duda, una idea peregrina pretender negar una verdad tradicional á nombre del progreso de las ciencias. Y, en efecto, ¿cuál de las ciencias físicas serviría para condenar como un error la existencia de los demonios? ¿Será la astronomía, la química, la geodesia? Es lastimoso ver cómo se confunden las cosas cuando no se observan las reglas del raciocinio. Las verdades tradicionales no pertenecen á las ciencias, sino á la historia. Decir, pues, que las ciencias rechazan la existencia de los espíritus, es como querer probar por la astronomía la existencia histórica de César ó Carlomagno.

Después de las observaciones que se han dirigido á la doctrina expuesta en mi última conferencia, he debido confirmarme, señores, en la íntima persuasión de que el espiritismo es obra diabólica. Y por lo mismo, lamento con toda la amargura de mi alma que personas por muchos títulos apreciables abandonen el hogar cariñoso de la fe cristiana en que se meció su cuna, para entregarse á prácticas supersticiosas que pueden causarles daños irreparables.

ARCHIVO HISTÓRICO
PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE